

Comentario del Evangelio - XVIII Domingo Ordinario C - 31 de julio de 2022
(Co 1, 2 ; 2, 21-23 ; Col 3, 1-5.9-11 ; Lc 12, 13-21)



Los textos de este 18º domingo nos invitan a reflexionar sobre los bienes materiales. Son cosas que forman parte de la realidad de la existencia humana. Las riquezas de la tierra son para el bien del hombre y todos los hombres deben gozar y beneficiarse de los bienes de la tierra como Dios ha querido. Todo el mundo lo necesita para su vida cotidiana. Y esta necesidad está en el corazón de la oración del Padre

nuestro que Jesús enseñó el domingo pasado a sus discípulos. «Danos el pan de cada día». La tierra tiene lo necesario para que todos puedan vivir decentemente, pero el egoísmo de los hombres ha frustrado el plan de Dios. No hay que olvidar nunca que la tierra y sus riquezas han sido creadas por Dios. Nos las ha confiado para que las hagamos fructificar en beneficio de todos sus hijos.

Si en el evangelio Jesús es un poco duro con los dos hermanos que le han pedido que sea el árbitro de su herencia, no es porque Jesús se opone a los bienes materiales, sino el lugar que se da a estas cosas en nuestra vida. En una de sus homilías, el Papa Francisco nos dice que "la codicia es una idolatría." Nos recomienda combatirla con la capacidad de compartir, dar y entregarse a los demás. El gran problema de las riquezas no es la riqueza en sí, sino querer guardarlo todo para sí mismo y nada para los demás. En efecto, la comodidad material está bien, pero si nuestra vida no está llena de amor para compartir, falta lo esencial.

En la primera lectura encontramos esta frase bajo la pluma del Sabio: «Vanidad de vanidad, todo es vanidad». Esto quiere decir que toda riqueza acumulada sin compartir es vanidad. No sirve de mucho. No guardarlo todo para sí mismo y nada para los demás, esta es la llamada de Jesús respecto a los bienes materiales. Lo que Jesús denuncia en este asunto es el apego a las riquezas y la codicia. Él quiere que hagamos un buen uso de estos bienes que Dios ha puesto a nuestra disposición en la naturaleza. Por otra parte, Jesús nos dice que es muy difícil para un hombre que guarda todo para sí, que no comparte entrar en el Reino de los cielos. Detrás de las riquezas de la tierra, Jesús quiere hacernos comprender que hay una riqueza aún mayor. La llave de la puerta del reino es el compartir. Para Jesús son unos locos, los que se dejan encerrar en los bienes materiales.



Porque la vida del hombre no es sólo para este mundo. Por eso san Pablo nos invita en la segunda lectura a librarnos de todo deseo malo para buscar las realidades de lo alto. Porque la finalidad de la vida no está en la tierra, sino que camina hacia el encuentro con el Señor. Para Jesús, la única felicidad que perdura está en los actos de beneficencia y de caridad que hacemos por el prójimo, es lo que puede hacernos "ricos en vista de Dios".

El Eclesiastés y el evangelio se unen para subrayar que el objetivo de la vida del hombre es la felicidad. Los bienes materiales dan felicidad temporal y provisional. La verdadera felicidad no

se encuentra en la acumulación de bienes materiales, sino en la vida en Dios y en nuestras relaciones con los demás hombres y mujeres de este tiempo. «Cada vez que habéis hecho esto a uno de estos pequeños que son mis hermanos, me lo habéis hecho a mí». Amar a Dios y a su prójimo como a sí mismo es la fuente de esta felicidad que proviene no de la acumulación de bienes materiales, sino de aquello que enriquecerá nuestra vida en alegría y paz interior para acceder a la felicidad que Dios quiere para todos. ¡Por el amor de Dios!



Jean Didereau DUGER, smm